



**LOS MUCHOS
MUNDOS DE
POUL ANDERSON**

I

Esta recopilación de cuentos y novelas cortas de Poul Anderson muestra ante todo la muy notable variedad de los temas y métodos narrativos de quien es sin duda uno de los maestros de la ficción científica contemporánea. Aunque se considera por lo general que Anderson es indiscutiblemente inimitable en las narraciones «épicas» —batallas galácticas, conflictos que atañen a constelaciones enteras, largos viajes en el tiempo— muchos de los relatos reunidos en estas páginas muestran también la extraordinaria inventiva del autor cuando se trata de describir, por ejemplo, la naturaleza de una planta o la composición de una atmósfera insólita, o los problemas de un hombre común.

Los hijos de mañana

«El telar del mundo
teje el sino del Nórdico.
Nadie lo puede guiar o cambiar».
(R. Wagner. *Sigfrido*).

A quince kilómetros de altura era casi invisible. La Tierra, un nublado borrón pardo y verde; la vasta bóveda inmutable de la estratosfera llegaba hasta la infinitud espacial y más allá del motor palpitante había sólo un silencio y una serenidad que el hombre era incapaz de alterar. Abajo Hugh Drummond podía ver la lenta curva del Mississippi, el original del contorno dibujado en su mapa, centelleando como una espada desenvainada.

Las montañas, el mar, el sol, el viento y la lluvia siempre iguales. Continuarían así a lo largo de un millón de años, que se arrastrarían lentamente en el eterno devenir. La breve chispa del esfuerzo humano, brillante apenas por un instante en la noche cósmica, no llegaba a cambiarlo.

Sin embargo, más abajo, sobre todo donde habían estado las ciudades... El hombre solitario que guiaba el avión estratosférico dejó escapar una maldición mientras los nudillos de sus manos, aferradas a los mandos, comenzaban a ponerse blancos. Era un hombre corpulento y su largo esqueleto se distribuía torpemente dentro de la pequeña cabina presurizada. Aún no había llegado a los cuarenta, pero

su cabello oscuro ya estaba salpicado de gris; el abolsado traje espacial le sobraba en torno a los hombros caídos, y la cara alargada y fea, mostraba líneas de fatiga. Las hondas y cansadas pupilas brillaban con una intensa y temible oscuridad. Había vivido demasiado y sobrevivido a todo para tener, finalmente, el mismo aspecto que todo el mundo. *Herederero de una época*, pensó amargamente.

Realizó los mecánicos movimientos necesarios para alterar el curso de la nave. Todavía quedaban algunos accidentes topográficos naturales y disponía de un par de poderosos prismáticos, pero evitaba usarlos. A través de ellos sólo veía infinidad de vastos cráteres superficiales cuya suavidad vidriosa reflejaba el sol como el ojo de una serpiente; a su alrededor, la Tierra exhibía las heridas y quemaduras de su tremenda desolación. Estaban, además, las otras regiones en las que la muerte había dejado su implacable huella: árboles retorcidos, sin vida, arenas que el viento arrastraba, esqueletos diseminados, quizá alguna lúgubre fosforescencia nocturna. Había pasado ya la pesadilla de las bombas, que cabalgó en alas de fuego y horror para sacudir a las ciudades del planeta con el golpe final de la muerte. Pero el polvo radiactivo había superado esa pesadilla.

Sobrevoló las ciudades y los pueblos pequeños. Casi todos estaban desiertos, inhabitables debido al polvo coloidal, la plaga o la crisis económica. Algunos pocos parecían sustentar una débil semi-vida, sobre todo en el Medio Oeste de los Estados Unidos, donde se desarrollaba una patética lucha para volver a un sistema agrícola, pero los insectos y las pestes...

Drummond se encogió de hombros; después de dos años tendría que haberse acostumbrado a todo esto. Su país había tenido suerte; en cuanto a Europa...

Der Untergang des Abendlandes, pensó sombríamente. Si bien Spengler vaticinó la caída de una supercivilización no previó las bombas atómicas, el polvo radiactivo, las bombas bacteriológicas, las bombas esterilizantes, las bom-

bas... inanimadas y amenazadoras que volaban como insectos monstruosos sobre un mundo sobrecogido de terror; en consecuencia, no pudo prever la intensidad de la catástrofe.

Hizo un esfuerzo por apartar aquellos pensamientos; no deseaba cavilar siempre sobre el mismo tema, hacía dos años, dos eternidades, que vivía con ellos. De todos modos, ya faltaba poco para llegar.

Se encontraba sobre la capital de los Estados Unidos y colocó el avión estratosférico en una línea oblicua, preparándolo para un estruendoso descenso hacia las montañas. El pueblecito, anidado en el valle de las cascadas, era una insignificante capital; las aguas del Potomac habían inundado la tumba de Washington. Expresado en términos reales, no existía una capital. Los funcionarios del gobierno estaban diseminados por todo el territorio de la nación y mantenían un contacto irregular por avión y radio; el pueblo de Taylor, en Oregón había sido elegido entre tantos otros como centro neurálgico de lo que quedaba del sistema.

Volvió a emitir una señal con el transmisor y se le erizó la piel de la espalda al presentir las baterías de cohetes apuntándole desde la espesura de las montañas. Cuando un avión podía significar el fin para una ciudad, todo objeto que volara se convertía en sospechoso. De todas maneras, nadie extraño debía conocer la importancia de aquel pueblo insignificante, aunque era imposible estar seguro. La guerra aún no había terminado oficialmente. Quizá no llegaría a finalizar nunca; la preocupación por la mera supervivencia anulaba la urgencia de los tratados.

Recibió el cauto conforme de un transmisor a rayo.

—Está bien. ¿Puede aterrizar en la calle?

Era sólo un camino polvoriento entre dos hileras de casas de madera, pero el avión era bueno y Drummond un excelente piloto.

—Si —contestó con la voz enronquecida de hablar tan poco.

Empezó a perder velocidad en un descenso en espiral y quedó planeando mientras el leve susurro del viento envolvía la aparato. Las ruedas tocaron la calle, frenó y se detuvo bruscamente.

El repentino silencio fue como una bofetada. El motor había enmudecido y el sol iluminaba las miserables casuchas «temporales» desde un cielo de latón. Un completo abandono parecía rodear todo desde las montañas vecinas.

—¡Volver...! —rió Hugh Drummond con una seca carcajada sin gracia mientras abría la campana de la cabina.

Vio a unas cuantas personas que espiaban desde las puertas y calles laterales. Se las veía bastante bien alimentadas y vestidas, muchas llevaban uniforme y parecían tener algún propósito en la vida: esperanza. Pero, por supuesto, no debía olvidar que estaba en la capital de los Estados Unidos el país más afortunado.

—¡Salga enseguida! —ordenó una voz en tono perentorio.

Drummond se sintió arrancado de la solitaria meditación a que se había acostumbrado en los largos meses de soledad. E inmediatamente vio a una cuadrilla de hombres con trajes de mecánico encabezada por alguien de aspecto preocupado con uniforme de capitán.

¡Oh, es cierto! —dijo lentamente—; quieren ocultar el avión.

Una pista convencional de aterrizaje, naturalmente, los delataría de inmediato.

—¡Dése prisa, maldito idiota! Puede venir cualquiera y ver...

—Pero pueden ser detectados por un sistema eficiente y todavía contamos con eso, imagino. —Dijo Drummond pasando sus botas por el borde de la cabina—. De todos modos, ya no habrá más incursiones aéreas. La guerra ha terminado.

—¡Cómo me gustaría creerlo! ¿Pero quién es usted para saber eso? Muévase de una vez.

Los monos grasientos empujaron el avión por la callejuela. Al ver como se alejaba, Drummond se sintió repentinamente solo. Después de todo había sido su hogar..., ¿durante cuánto tiempo?

Detuvieron el aparato ante una falsa casa a la que sacaron la fachada. En el interior, una rampa de cemento armado bajaba hacia una cavernosa profundidad que Drummond apenas pudo vislumbrar. La luz interior iluminaba una hilera de aviones plateados.

—¡Qué bien hecho! —admitió—. Aunque ya no importa y probablemente nunca haya importado; casi todos estos artefactos infernales vinieron en cohetes robot... Bueno, qué más da —dijo como respondiéndose a sí mismo mientras buscaba la pipa en el bolsillo de su chaqueta. La insignia de coronel brilló rápidamente en la hombrera de la prenda.

—¡Oh, lo siento, señor! —exclamó el capitán—; no sabía que usted...

—Está bien; ya perdí la costumbre de ir en uniforme. En muchos sitios por donde anduve no miran con buenos ojos a los norteamericanos.

Drummond empezó a llenar la pipa, enfurruñado por el recuerdo de las veces que había salvado su vida utilizando el revolver Colt que llevaba a la cintura y hasta la ametralladora del avión. Inhaló un poco de humo con satisfacción. Ese pequeño placer parecía borrarle el gusto amargo de la boca.

—Señor, el general Robinson ordenó que lo condujéramos a su presencia en cuanto llegara —dijo el capitán—. Por aquí, por favor.

Fueron por la calle, y con las botas levantaban pequeñas nubes de polvo. Drummond miraba a su alrededor con desconfianza. Se había ido después de la campaña de dos meses que comenzó a disminuir un poco cuando la organiza-

ción de ambas partes quedó demasiado debilitada como para seguir fabricando y lanzando las bombas y al mismo tiempo mantener el orden en medio de la hambruna y las enfermedades que apresaban en sus garras a toda la nación. En aquel entonces los Estados Unidos se habían convertido en un caos anárquico, sin organización y sin ciudades, y su propio contacto con el país había quedado reducido a esporádicas comunicaciones por radio, las pocas veces que encontraba un equipo de onda corta todavía en funcionamiento. Era asombroso el progreso que se había logrado desde entonces. Aunque no podía determinar con precisión en que consistía, el simple hecho de tener una capital era prueba suficiente.

Robinson... (Al repetir mentalmente el nombre, su cara arrugada se plegó en una mueca de sorpresa). Había esperado que lo recibiera el presidente, el mismo que lo había enviado, junto con otros, en distintas misiones. A menos que los demás hubieran... No, él era el único que había estado en Europa oriental y Asia occidental. Estaba seguro de eso.

Había dos centinelas de guardia en lo que indudablemente hubo de ser un almacén de productos generales, ahora convertido en oficina. Ya no había comercios, ni mercancías para llenarlos. Drummond se encontró en la fresca penumbra de una antesala. El tableteo de una máquina de escribir, la voluntaria que la usaba... Quedó boquiabierto mientras sus ojos incrédulos pestañeaban. ¡Imposible! Máquinas de escribir, secretarías, ¿acaso todo eso no había desaparecido con el resto del mundo, dos años atrás? Si la Tierra había vuelto a la edad del oscurantismo no parecía *adecuado* que existieran máquinas de escribir; era una incongruencia, era...

Por fin se dio cuenta de que el capitán le había abierto la puerta. Sólo cuando estuvo dentro tomó conciencia de lo cansado que estaba. Al saludar al hombre sentado tras el escritorio el brazo le pesó una tonelada.

—Descanse, descanse —dijo la voz afable de Robinson.

A pesar de las cinco estrellas del hombro no llevaba chaqueta ni corbata y su cara redonda no dejaba de sonreír. Tenía un aspecto firme y competente; así tenía que ser en un hombre que estaba al frente de todo en una época como aquella.

—Siéntese, coronel Drummond —Robinson señaló una silla que estaba cerca y el piloto se dejó caer en ella tembloroso.

El despacho estaba tan bien equipado que le recordaba a los del periodo anterior a la guerra. ¡Antes de la guerra...! Las palabras, como una espada, cortaban a través de la historia con la brutalidad del crimen, nublando todo el pasado hasta convertirlo en un vago resplandor dorado entrevisto tras nubes ennegrecidas, salpicadas de fuego. Eran sólo dos años.

¡Sólo dos años! En un mundo en el que podía haber un cambio tan dantesco era evidente que la razón y la cordura habían perdido la batalla. Apenas podía recordar a Bárbara y a los niños. Sus rostros parecían borrarse en una oleada de caras distintas: rostros demacrados por el hambre, rostros muertos, rostros humanos bestializados por la necesidad, la penuria y el odio. Su propio sufrimiento se había perdido en la agonía de un mundo entero, y en cierto sentido había acabado por convertirse en una máquina.

—Parece bastante cansado —dijo Robinson.

—Sí... Claro, señor.

—Dejemos a un lado las fórmulas. No me gustan. Vamos a trabajar en estrecha cooperación y no podemos perder el tiempo en ser diplomáticos.

—Ah... He venido por el Polo Norte, ¿sabe? No he dormido desde... Tiempos difíciles. Pero —Drummond vacilaba—, ¿podría preguntarle...?

—¿Yo? Supongamos que soy el presidente. Ex oficial, temporal o lo que guste. Le doy una orden: usted necesita un trago —Robinson sacó una botella y vasos de un cajón

— Es whisky escocés de anteguerra —explicó—. Mientras dure, no me pescarán bebiendo ese brebaje moderno... ¡Salud!

La dorada bebida borboteó en los vasos. El trago fuerte y seco logró despertar a Drummond. Sintió en el estómago vacío un halo placentero y cálido. La voz de Drummond le llegaba con surrealista realidad.

—Sí, ahora estoy al frente. Mis antecesores cometieron el error de estar todos juntos y viajar demasiado haciendo esfuerzos por mantener la unidad del país y ponerlo en pie. Creo que el presidente contrajo la enfermedad y estoy seguro de que atacó también a varios de los otros. Naturalmente no había modo de convocar a elecciones. La única organización que quedó intacta fue el ejército, por lo que tuvimos que hacernos cargo del mando. Berger, que estaba en primer lugar, se suicidó al saber que había inhalado polvo radiactivo. Entonces me correspondió a mí tomar el mando. Tuve suerte.

—Ya veo —comentó Drummond; unas pocas muertes más no tenían excesiva importancia cuando más de medo mundo había desaparecido—. ¿Y espera que la suerte continúe? —añadió; la pregunta era brutal en su franqueza, pero después de todo, no era tan fatal como una bomba.

—Claro que sí —contestó Robinson con firmeza—; la experiencia nos ha enseñado mucho. En primer lugar, hemos dispersado el ejército, dividiéndolo en pequeños puestos-clave del país. En segundo lugar, desde hace tiempo suspendimos los viajes en grupo, salvo en emergencias extremas y tomando grandes precauciones. Eso redujo un poco las epidemias. Como usted sabe, los microorganismos fueron cultivados para reproducirse en zonas congestionadas. Eran inmunes a las técnicas médicas conocidas, pero al faltar los huéspedes y agentes transmisores, se fueron extinguiendo. Creo que la bacteria natural acabó con ellos. Aún seguimos cuidándonos cuando viajamos, pero el peligro mayor ha pasado.

—¿No regresó ninguno de los otros? Hubo muchos como yo, enviados a ver que había pasado en el resto del mundo.

—Volvió uno; el que fue a Sudamérica. Están en una situación similar a la nuestra aunque, por falta de organización, han caído en una anarquía más general. El único que ha vuelto después de él es usted.

No era de sorprenderse; al contrario, lo admirable era que hubiese regresado alguien.

Drummond se había presentado como voluntario cuando la bomba que arrasó San Luis se llevó a toda su familia. No había esperado sobrevivir ni le importaba, y quizá esa fuera la razón de que lo lograra.

—Tómese el tiempo necesario para escribir un informe detallado —dijo Robinson—, pero en general, ¿cómo estaban las cosas por allá?

Drummond se encogió de hombros.

—La guerra ha terminado. Todo está quemado. Europa ha vuelto a un estado salvaje; atrapados entre América y Asia, recibieron bombas de ambos lados. Los pocos sobrevivientes parecen animales hambrientos. Por lo que he visto, Rusia ha llegado a una situación similar a la nuestra, aunque al empezar había quedado mucho peor. Naturalmente, allá no pude enterarme de mucho, y tampoco llegué a la India o a China, pero en Rusia escuché ciertos rumores... No, el mundo está tan deteriorado que nadie podría mantener una guerra.

—Entonces quizá sea hora de salir al descubierto —dijo Robinson con suavidad—. Podemos empezar la reconstrucción. No creo que vuelva a estallar otra guerra, Drummond; el recuerdo de esta ha quedado impreso con demasiada fuerza en toda la raza como para que podamos olvidarla.

—¿Le parece tan fácil?

—No, por supuesto que no. Nuestra cultura ha logrado mantener su continuidad, pero ha sufrido un enorme retra-

so. Nunca nos recuperaremos del todo. Pero al menos..., estamos otra vez en movimiento.

El general se puso en pie y miró el reloj.

—Son las seis. Vamos Drummond. Es hora de que nos vayamos a casa.

—¿A casa?

—Sí, Usted se quedará conmigo. ¡Pero vamos, si parece un autómatas! lo que necesita es un mes de comida casera, dormir entre sábanas limpias y gozar del ambiente de un hogar. A mi esposa le gustará recibirle, casi no vemos caras nuevas, ¿sabe? Y mientras tengamos que trabajar juntos, prefiero tenerlo cerca. El material más escaso en estos tiempos son los hombres competentes.

Empezaron a caminar por la calle seguidos por un ayudante. Drummond podía percibir, una vez más, cada hueso y fibra dolorida de su cuerpo. Un hogar..., después de dos años de ver ciudades fantasmas, chimeneas caídas sobre la nieve manchada de sangre, escuálidos cobertizos, refugios de la muerte y el hambre.

—También su avión será de mucha utilidad —dijo Robinson—; los aviones atómicos son más escasos que los dientes de gallina —dijo chasqueando la lengua huecamente ante su fúnebre chiste—. Lo ha transportado durante casi dos años sin necesidad de reabastecerse de combustible... ¿Ha tenido algún problema?

—Sí, hubo algunos, pero llevaba recambios suficientes.

No fue necesario que detallara las horas y días de actividad febril, las desesperadas improvisaciones mientras trataba de adelantarse a las plagas que acechaban a los que permanecían demasiado tiempo en un mismo lugar. También había tenido problemas para conseguir comida, a pesar de las abundantes raciones con las que había partido. En invierno tuvo que luchar a brazo partido con maniáticos capaces de matarlo por un pájaro que había cazado, o por

un caballo muerto cuya carne había querido aprovechar. Odiaba el pillaje. En cuanto a él, personalmente, no le hubiera importado que lo mataran, pero tenía una misión que cumplir y esa era la única misión de su vida, y a la vida se había aferrado con las ansias de un fanático.

Ahora, cumplida ya la misión, no se atrevía a descansar. Al hacerlo tendría tiempo para recordar. Tal vez pudiera encontrar algún alivio en la tremenda tarea de la reconstrucción. Quizá.

—Hemos llegado —dijo Robinson.

Una nueva sorpresa esperaba a Drummond. Disimulado bajo la maleza había un coche, con chofer militar. ¡Un coche...! Y estaba en condiciones bastante buenas.

—Algunos pozos de petróleo y una pequeña refinería que hemos reparado —intentó explicar el general—, producen el combustible y el aceite suficiente para el tránsito que tenemos.

Se sentaron en el asiento posterior. Al frente iba el ayudante, con el rifle preparado. Empezaron a circular por un camino de montaña.

—¿A dónde vamos? —preguntó Drummond medio mareado.

—Tengo la impresión personal de que soy el único hombre afortunado de la Tierra —dijo Robinson sonriendo—. Teníamos un chalé de veraneo en el lago Taylor, a pocos kilómetros de aquí. Cuando estalló la guerra, mi esposa que estaba allí, no se movió del lugar. Nadie fue por esos parajes hasta que llevé a los dirigentes principales. Ahora tengo la suerte de disponer de una casa para mí solo.

—Ya lo creo que es afortunado —dijo Drummond mirando sin ver a través de la ventanilla los campos moteados por el sol.

Tras una pausa se atrevió a preguntar con voz ronca.

—¿Cuál es la verdadera situación del país en este momento?

—Durante un tiempo lo pasamos mal, muy mal. Cuando las ciudades fueron destruidas se vinieron abajo nuestros sistemas de transportes, comunicaciones y distribución. En realidad toda nuestra economía fue desintegrándose poco a poco. Y después, el polvo y las plagas... La gente empezó a huir; hubo casos de lucha cuando los lugares más poblados rechazaron a los que intentaban refugiarse. La policía desapareció con las ciudades y las fuerzas militares no daban abasto para controlar todo. Estábamos demasiado ocupados en combatir contra las fuerzas enemigas que habían llegado desde el polo para invadirnos. Aún no las hemos aniquilado por completo. Quedan algunas bandas dispersas y al margen de la ley que recorren el país, hambrientas y desesperadas, y también hay muchos norteamericanos que se convirtieron en bandidos cuando todo lo demás les falló. Por eso tenemos esta guardia, aunque hasta el momento nadie ha venido por aquí...

»Las plagas e insectos diseminados por las armas bacteriológicas devastaron nuestras cosechas y aquel invierno todo el mundo sufrió hambre. Tratamos de controlar las pestes con métodos modernos, y durante un tiempo, la lucha fue terrible, pero al año siguiente conseguimos cosechar algo. Claro que no pudimos salvar a demasiada gente por la falta de canales de distribución. La agricultura sigue siendo una tarea ímproba; aún no hemos podido dominar todas las plagas y no podremos hacerlo por mucho tiempo. Si tuviéramos un centro de investigación tan bien equipado como el que produjo las armas bacteriológicas... Pero estamos avanzando, estamos avanzando.

—¿Es una cuestión de distribución? —pregunto Drummond frotándose la barbilla—. ¿Y que pasa con los ferrocarriles, o con los vehículos de tracción animal?

—Alguno de nuestros ferrocarriles funcionan aún, pero el enemigo se encargó de contaminarlos, como nosotros hicimos con los suyos. En cuanto a los caballos, casi todos fueron sacrificados para mitigar el hambre de aquel primer

invierno. Por lo que yo sé, he visto sólo una docena y los tengo en mi propiedad tratando de que se reproduzcan... para utilizarlos —Robinson sonrió torcidamente—, pero cuando tengamos los suficientes, las fábricas ya estarán funcionando.

—¿Y ahora?

—Hemos pasado por lo peor. Salvo por esos bandidos dispersos, la población está controlada. Por suerte, la gente civilizada cuenta con suficiente alimento y algún tipo de vivienda. Algunas fábricas de herramientas y pequeños talleres mantienen la producción que se necesita para atender los servicios públicos más esenciales. En lo futuro podremos aumentar lo que poseemos ahora. Yo diría que en cinco años más estaremos tan integrados como para anular la ley marcial y llamar a elecciones generales. Es una tarea gigantesca, pero vale la pena intentarla.

El coche se detuvo para dejar pasar a una vaca con su cría. El ternero, magro y debilucho, se apartó nerviosamente del vehículo para escabullirse entre los arbustos.

—Es salvaje —explicó Robinson—. Casi todos los animales salvajes fueron liquidados para obtener comida hace dos años, pero muchos escaparon de las granjas tras la muerte de los dueños, o cuando los abandonaron para huir... Y anduvieron sueltos desde entonces. Esos... —Robinson señaló con la vista pero Drummond tenía los ojos clavados en el ternero, cuyas patas traseras eran la mitad del largo normal—, son mutantes.

Hay muchos animales así debido a las radiaciones de zonas bombardeadas o radioactivas. También hay muchos nacimientos humanos anormales. En realidad, ese es el peor de nuestros problemas. Es...

Al salir del bosque el coche se detuvo en la playa de un pequeño lago. Las aguas tranquilas parecían oro fundido bajos los rayos oblicuos del sol; árboles altos rodeaban la orilla y a lo lejos se veían montañas. Era una escena de bea-